

El joven Bianco: de *La nación* a *Sur*

Judith Podlubne
Universidad Nacional de Rosario

A pesar de que al iniciarse los años cuarenta la centralidad de Ma-
llea en *Sur* había empezado a decaer¹, Borges aprovecha la aparición de
Las ratas de José Bianco, en 1943, para trazar un cuadro demoledor y
arbitrario de la novela nacional e insistir de ese modo en una discusión
que para entonces acredita más de una década.² Si bien se trata de una
disputa que había alcanzado ya su punto más resonante con el prólo-
go a *La invención de Morel*, la necesidad de prolongarla se encuentra
motivada en esta ocasión por el propósito puntual de legitimar el in-
greso y la pertenencia de Bianco al grupo de narradores que, bajo su
influencia, reivindican el privilegio de la forma y el artificio literario
contra las interpretaciones realistas y humanistas del arte de novelar.
Sin privarse de elogios ambivalentes y de generosidades excesivas (tal
como poco antes había hecho con Bioy Casares), Borges limita la in-
terpretación de *Las ratas* al enfático reconocimiento de los méritos
compositivos y estilísticos de la narración. Esto es, a aquellos logros
que identificaban a quien es ya el conocido jefe de redacción de *Sur*
con la moral de la construcción literaria que él defiende en la revista.
Impulsado por ese intenso “ardor sectario” que Bioy Casares reconoce

¹ Ver al respecto “La radiografía velada”, en Gramuglio (2001, 360-362).

² Me refiero a la conocida reseña que publica en *Sur* 111 (enero 1944). Recogida en
Borges en Sur (1931-1980), Buenos aires, Eméce, 1999, 271-274.

tiempo después³, Borges celebra el “ingenioso argumento” del relato, su particular preocupación por el lector, su estilo “hábilmente simple”, su severo rigor constructivo, su “rica y voluntaria ambigüedad”. Aún cuando destaca que “el carácter de Heredia es lo primordial” de la novela, su comentario pasa por alto los cuidados con que Bianco compone el drama interno del protagonista y no menciona siquiera las complejidades morales y psicológicas que presenta este personaje. Con un resultado admirable, al que mucho contribuyeron posteriormente el beneplácito del propio autor de *Las ratas* y el singular (y perezoso) respeto que sus críticos manifestaron ante la palabra borgeana, su lectura logró imponer una imagen parcial e interesada de la escritura y los gustos estéticos de Bianco.

A la luz de esta imagen, resulta cuanto menos curioso y difícil de explicar que las primeras colaboraciones de Bianco en *Sur* ponderen dos novelistas, en principio, tan alejados de los intereses y las preocupaciones literarias que Borges le atribuye de un modo concluyente e intencionado. Me refiero puntualmente al comentario de *Espoirs*, la novela póstuma de Leo Ferrero, con que Bianco inicia su participación en la revista, en 1935, y al extenso estudio sobre las últimas obras de Eduardo Mallea, que publica al año siguiente.⁴ ¿Por qué un escritor identificado con los severos rigores de la construcción literaria podría sentirse atraído por obras como las de Ferrero y Mallea, centralmente definidas por un profundo compromiso espiritual con los problemas del hombre? ¿Qué podría interesarle en ellas? ¿Qué podría concernirle al punto de elegir comentarlas?⁵ La respuesta a estos interrogantes, una respuesta que no clausura las múltiples implicancias de la pregunta pero que nos acerca a una imagen de Bianco menos tendenciosa —esto

³ En la Postada que escribe a la *Antología de la literatura fantástica*, en 1965, Bioy Casares señala que un “bien intencionado ardor sectario” había llevado a los compiladores del volumen a manifestarse contra las debilidades de la novela en los años cuarenta.

⁴ “La novela de Leo Ferrero” (*Sur* 10, julio 1935, 76-83) y “Las últimas obras de Mallea. Al margen de sus temas principales” (*Sur* 21, junio 1936, 39-71) respectivamente. Ninguno de estos artículos fue recogido en antologías posteriores.

⁵ Me ocupé especialmente de estas primeras colaboraciones en mi tesis de maestría “La batalla literaria en *Sur* (1931-1945): Mallea, Borges, Bianco”. Los resultados parciales del análisis que allí propuse se publicaron en mi artículo “Los comienzos literarios de Bianco en *Sur*”, publicado en Daniel Balderston (Comp.): *Las lecciones del maestro. Homenaje a José Bianco*. Rosario, Beatriz Viterbo, 2006, 47-63.

es, a una imagen no menos ligada a las contiendas del momento pero sí algo más ajustada a la complejidad de sus convicciones— requiere ante todo que revisemos los artículos que, desde comienzo de la década del treinta y durante los años en que se inicia su participación en *Sur*, él viene publicando en el diario *La Nación*. Se trata de un corpus breve, que Bianco decidió no incluir en las recopilaciones y antologías de sus ensayos que se publicaron entre fines de los años setenta y fines de los ochenta⁶, y del que se conocieron algunos pocos artículos y fragmentos recién en 1997, cuando Juan Gustavo Cobo Borda los incluyó en el segundo dossier sobre su obra que realizó para la revista española *Cuadernos Hispanoamericanos*.⁷ Estas circunstancias deben haber contribuido sin dudas a que la crítica especializada no haya fijado aún su atención sobre estos textos.

En la rememoración del ingreso al diario de los Mitre que realiza en algunas entrevistas, al igual que en el relato que construye de su ingreso anterior a la revista *Nosotros*, Bianco elige, como advierte Alberto Giordano (2005, 106-7), que sea la casualidad y no su decisión de convertirse en escritor lo que determine su entrada a una de las principales instituciones literarias de ese momento. Como en aquella oportunidad, apelando a una estrategia de autofiguración similar, Bianco sostiene también en esta ocasión que fue un azar desinteresado lo que lo condujo (a él, que no sólo no había pensado en seguir la carrera de escritor sino que ni siquiera consideraba que ésta fuese una carrera) a colaborar en el diario prestigioso. Cuenta que de muchacho solía pasar los veranos en el Tigre y que a una de las quintas que frecuentaba acostumbraba a ir también Álvaro Melián Lafinur. “Una noche —agrega— quedamos al lado en la mesa. Lo noté sorprendido de que yo no fuera del todo ignorante. Como él trabajaba en *La Nación*, me dijo que le llevara algo mío para dárselo a Méndez Calzada que dirigía el suplemento literario.” (en Torres Fierro, 1988, 400). La circunstancia fortuita de haber quedado junto a Melián Lafinur en la cena determinó su debut público como narrador: Bianco resolvió darle “El límite”

⁶ Me refiero a *Ficción y realidad*, Caracas, Monte Avila, 1977; *Homenaje a Proust, seguido de otros artículos*, México, UNAM, 1984; *Páginas de José Bianco seleccionadas por el autor*. Introducción y compilación de Hugo Beccacece. Buenos Aires, Celtia, 1984 y *Ficción y reflexión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

⁷ *Cuadernos Hispanoamericanos* 565-566, julio-agosto 1997, 9-74.

y este cuento se convirtió así en su primera colaboración en el suplemento. A partir de allí, entre 1929 y 1930, aparecieron en *La Nación*, cinco de los seis relatos que luego reunió en su primer libro, *La pequeña Gyaros*. Sus contribuciones ensayísticas se iniciaron algo después (“Un veneciano en Inglaterra”, el primer artículo que se registra, es de noviembre de 1930) y se incrementaron en cierta medida durante los primeros años de Mallea en la dirección del suplemento.⁸

Si se comparan estas contribuciones con las notas que Bianco escribe para *Nosotros*, entre enero de 1928 y mayo de 1930, los artículos de *La Nación*, sobre todo, los que publica desde mediados de la década y dedica a Jules Romains, Leo Ferrero y Julien Benda, presentan una entonación muy diferente de la de aquellas reseñas iniciales y muestran una imagen de Bianco muy distinta de la de ese joven, desinteresado por los alcances morales del ejercicio literario, que busca con ánimo irreverente hacerse un lugar en el campo literario nacional. Mientras, como acierta Giordano (*Idem*, 109), el Bianco de *Nosotros* es “un moralista irónico, que prefiere posar de frívolo antes que pasar por serio, y que viene a recordarle a sus colegas y a los lectores que la voluntad de escribir ‘cosas trascendentales’, ese hábito enraizado en la indigente cultura nacional, conspira contra los auténticos valores literarios, contra la posibilidad de que un texto resulte interesante y encantador”, el de *La Nación* (sobre todo el que escribe los ensayos que mencionamos, porque hay otros artículos anteriores en los que aún persisten algunos ecos de la liviandad propia del moralista irónico⁹) es un escritor que se aparta sensiblemente del hedonismo literario de sus primeros textos críticos, reemplaza la ironía por un tono serio y más formal, y da lugar a una visión de la literatura cada vez más comprometida con las determinaciones morales y espirituales del ejercicio intelectual. Podría conjeturarse que las razones que alentaron este cambio no fueron del todo ajenas a esa exigencia de un “tono nuevo” que la llegada de los difíciles años treinta impuso a los intelectuales argentinos, luego del defraudado optimismo expansivo de la década anterior. (cfr. King 1989, 62) Más aún, podría aventurarse que en su caso en particular mucho

⁸ Importa recordar que Mallea reemplaza a Méndez Calzada a comienzo de 1931 y permanece al frente del suplemento durante casi un cuarto de siglo.

⁹ Pienso especialmente en sus artículos “Proust y Stendhal” (*La Nación*, 09/04/ 1933) y “Raymond Roussel” (*La Nación*, 18/03/1934).

deben haber incidido en este sentido los primeros contactos que por esos años él establecería con Eduardo Mallea y con Victoria Ocampo¹⁰. Una incidencia a tal punto perceptible que es posible afirmar que ese “tono moral” de *Sur*, que él mismo celebraría años después como una cualidad indiscutible de la revista durante la primera década, ya se había manifestado en sus artículos un tiempo antes de que empezara a colaborar en ella.

Centradas en obras importantes de autores europeos de activa filiación democrática y antifascista, las colaboraciones que Bianco escribe, desde 1934, para “uno de los principales diarios de Sudamérica”, como subraya Benda en la carta de agradecimiento que le dirige cuando aparece el ensayo sobre su obra, resultan extensos artículos de divulgación en los que se glosan elogiosamente las tesis principales de estos escritores, también admirados por los miembros más representativos de *Sur*. El primer artículo sobre Jules Romains, publicado cuando ya habían aparecido en Francia seis tomos de *Los Hommes de Bonne Volonté*, despliega los principios generales del pensamiento *unanimista* y celebra las transformaciones que ellos introducen en la novela moderna. En el momento crucial en el que el avance de los totalitarismos de masa marca la escena política internacional con los primeros triunfos del fascismo y los intelectuales europeos de diversas tendencias se aúnan en la defensa de las libertades democráticas¹¹, Bianco reivindica

¹⁰ Según recuerda en la entrevista que le hizo Danubio Torres Fierro, Bianco conoce a Mallea en 1929 a través de un amigo de juventud, aficionado a las letras, del que no da el nombre y sobre el que lo único que dice es que ingresa a la orden de los dominicos. “Conocí a Mallea –cuenta– por ese muchacho que tomó las órdenes. Mallea se interesaba en las nuevas corrientes literarias, en problemas estéticos, filosóficos. Era joven buscaba la colaboración de los jóvenes. Yo publicaba artículos sobre los libros que leía por entonces. Meras crónicas. [...]” (en Torres Fierro 1988, 401). A Victoria Ocampo, por su parte, la conoce y la sigue desde mucho tiempo antes de que Mallea se le presentara personalmente en 1935. “Yo era joven, vanidoso, yo era snob, yo era sensible al prestigio de Victoria Ocampo –escribe. Había leído sus ensayos, asistido a sus conferencias, y en una ocasión quedé muy emocionado oyéndola recitar poemas de Baudelaire y de Mallarmé.” (“José Bianco recuerda a Borges”, en Cobo Borda, Juan Gustavo: *Borges enamorado*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1999, 332)

¹¹ Para profundizar en este contexto, consultar Herbert Lottman: *La rive gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, Barcelona, Tusquets, 2006 y Michel Winock: *Histoire politique de la revue “Esprit” (1930-1950)*, Paris, Seuil, 1975

la perspectiva con la que Romaines aborda el comportamiento de los grupos humanos en la vida social, adhiriendo por anticipado a la alternativa que, pocos años después, el novelista propone en su discurso inaugural al XIV Congreso Internacional de los PEN Clubs en Buenos Aires.¹² A diferencia de la metafísica y del racionalismo, que postulan una mirada teórica y externa sobre lo colectivo, “Romanis –advierte Bianco– preconizó el estudio de los grupos humanos, no mediante una observación exterior sino por una conciencia orgánica.” Antes que un sistema filosófico, un sucedáneo de la religión o una escuela literaria, el *unanimismo* es, para Bianco, “una actitud general del espíritu, una manera de ver y sentir que se remonta a un pasado lejano, que posee un presente y un futuro incalculable y puede aplicarse a todas las obras del hombre”. (1934, 2) Una actitud espiritual para la cual, más allá de las críticas que ha recibido la literatura unanimista en relación con el hecho de que, dada la atención que deposita en los aspectos grupales, podría disminuir gradualmente el conocimiento del alma individual, “el hombre constituye la medida de todas las cosas. Es y continuará siendo la norma universal”. (*Idem*) El valor y la importancia del individuo, destaca Bianco, permanecen, en esta perspectiva, inalterables. Más aún, agrega citando a Romaines, “el individuo quizá deba a lo unánime todo su valor, su acento auténtico y su resonancia [...]”. (*Idem*) Los argumentos que explican esta conclusión en aparien-

¹² Presidido por el nacionalista Carlos Ibarguren y por Victoria Ocampo, quien ocupó el cargo de vicepresidente, este congreso constituye un acontecimiento político-cultural de crucial importancia durante la segunda mitad de los años treinta. Celebrado a pocos meses de declarada la Guerra Civil Española, entre el 5 y el 15 de septiembre de 1936, el desarrollo de las sesiones no sólo puso en escena la discusión entre fascismo y antifascismo, a partir del fuerte enfrentamiento que se suscitó entre los delegados italianos y franceses, sino que además explicitó la intensa polarización que se venía produciendo en el contexto nacional entre los sectores democráticos y liberales, por un lado, y los nacionalistas y conservadores, partidarios del franquismo, por otro. Para un análisis de la relevancia y la repercusión que tuvo este congreso, consultar Paulette Patout: “Los congresos de 1936 en Buenos Aires”, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México–Gobierno del Estado de León, 1990, 580-588 y Celina Manzoni: “Buenos Aires 1936. Debate en la República de las Letras”, *Hispanérica* 110, 3-17 y “Liberalismo, Izquierda y Nacionalismo en los debates de 1936 en Buenos Aires”, *Télar* 5, Universidad nacional de Tucumán, 2007, 161-171.

cia paradójica, argumentos que Romaines había presentado ya en su conferencia “Petite Introduction a l’Unanimisme” de la que Bianco extrae la cita, reaparecen luego en su discurso al congreso de 1936 que mencioné más arriba.

Tal como advierte Celina Manzoni (2007) en un análisis perspicaz de los debates que se suscitan en Buenos Aires en ese momento, la intervención inicial que Romaines pronuncia en representación de las delegaciones extranjeras, luego del discurso del Presidente del PEN Club de Buenos Aires, fija desde el comienzo la línea argumentativa que los liberales defenderán arduamente durante el desarrollo de las sesiones del encuentro. Manzoni acierta en puntualizar que Romaines comienza por establecer un profundo espacio de acuerdo con la posición nacionalista, a partir del convencimiento compartido en la condición excepcional del escritor y en su carácter indiscutido de guía espiritual, para luego recuperar a propósito de este carácter su teoría del *unanimismo* y presentar las diferencias en que se sustenta la solución democrática. En “respuesta al tono apocalíptico y regresivo del discurso de Ibarguren” (*Idem*, 169), que apela a los encendidos dictados de la mística religiosa para presentar la exaltación colectiva provocada luego de la primera guerra como una victoria contra el espíritu utilitario y materialista imperante desde fines del siglo XIX, Romaines distingue entre un “*unanimismo* inconsciente, ciego, fanático, fatal como el instinto, en una palabra, bárbaro –precisamente ése cuyos estragos actuales nos hace temblar–...” (Romaines 1937, 29) y un “*unanimismo* consciente, permeabilizado a la luz y a la razón, instruido por sus propios móviles y sus propios peligros, capaz de crítica y de libertad; en suma, un *unanimismo* tendido hacia el espíritu”. (*Idem*) Este *unanimismo* consciente es el que Bianco exalta en su ensayo como una alternativa espiritual superadora de la oposición entre el individuo y lo colectivo. Se trata de una perspectiva que reconoce, según lo determina Romaines, dos firmes antagonistas: por un lado, quienes pretenden infructuosamente retroceder el impulso de la especie hacia lo colectivo y reclaman la vuelta a un individualismo “difunto y superado” y, por otro, quienes, como es el caso de Ibarguren, buscan que la humanidad cure sus males presentes sacrificando el extraordinario aumento de saber y de poder que ha conquistado en el siglo anterior. Contra estos últimos, que, se-

gún él mismo Romaines señala, a menudo no se diferencian demasiado de los primeros, declara:

“A fin de cuentas, ¿a qué se le pide [a la humanidad] que renuncie? A todo lo que ha conquistado desde hace siglo y medio; ¡qué digo!, a todo aquello cuya conquista había preparado desde el Renacimiento. Sucesivamente, o a la vez: a la libertad de pensar, a la libertad política, a la democracia, a la ciencia, al maquinismo. A todo lo que ha hecho retroceder las antiguas servidumbres y contribuye a la emancipación integral de la especie” (*Idem*)

Esta defensa de libertades individuales, en tanto derechos inalienables de la persona humana, es la que establece en el inicio del encuentro la coordenada específica que los sectores democráticos defenderán a largo de las distintas jornadas del debate. El entusiasmo que, según el testimonio de Domingo Melfi, uno de los delegados chilenos¹³, despertaron entre los asistentes estas primeras palabras de afirmación de la libertad debe haber decidido al joven Bianco, que había conseguido presenciar las reuniones del congreso gracias a la amabilidad de Victoria Ocampo¹⁴, a publicar de inmediato, a menos de transcurrida una

¹³ En su libro *El Congreso de Escritores de Buenos Aires (notas e imágenes)*, (Santiago de Chile, Nascimento, 1936), Melfi recuerda que “cuando Jules Romaines pronuncia en la sesión inaugural del congreso de los P.E.N. Club, en Buenos Aires, las primeras palabras de afirmación de la libertad, en medio de atronadores aplausos, queda fijada la línea que habrán de seguir en lo sucesivo los debates”. (citado en Mazzoni 2007, 168).

¹⁴ En el ensayo que Bianco dedica a Victoria Ocampo, en 1981, con motivo de su muerte, el recuerdo de las sesiones del Congreso de los Pen Cubs, especialmente del altercado entre ella y Marinetti, ocupa un lugar significativo en la figuración que construye de la homenajeadora. En esa oportunidad, Bianco cuenta que debe a un ofrecimiento de Ocampo el haber podido asistir al multitudinario evento. “Con la primavera de 1936 –escribe– llegaron los días del Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs. Yo no era socio; de acuerdo con el reglamento, no podía serlo hasta el año próximo. Victoria me ofreció hacerme entrar con ella. Me llamaba la atención que nunca hiciera valer su condición de Vicepresidenta para que la hicieran pasar antes que a los demás. En la cola se destacaba esta mujer tan arrogante, con un ramito de flores en el hombro, que esperaba su turno pacientemente. Por entonces hubo varias reuniones en casa de Victoria, con Jules Romaines, Benjamín Cremieux, los Maritain, Ludwig, Michaux, Reyes, Stefan Zweig. [...]” (“Victoria”, Recogido en Bianco 1988, 233)

semana de la sesión de apertura, su segundo artículo sobre el novelista. El ensayo repite en líneas generales los elogios sobre las novelas de Romain que ya había expresado en su texto anterior y parece no responder más que a la intención precisa de sumarse al acalorado reconocimiento que el escritor está recibiendo de parte de un amplio sector de concurrentes al congreso.

Tal como ocurre con este artículo, el siguiente ensayo que publica en *La Nación* también se encuentra motivado por las repercusiones del encuentro. Aparecido a pocos meses de finalizadas las reuniones, el extenso artículo que Bianco dedica a Julien Benda, el primero de una serie de cinco que escribirá en distintos momentos de su vida¹⁵, interviene con firmeza en el intercambio de opiniones que los juicios de Benda acerca de la traición de los *clercs* habían suscitado, sobre todo entre sus propios compatriotas franceses, durante las sesiones del congreso en las que se discutía “la función social del escritor”. Mientras en su discurso de apertura, Romain invocaba implícitamente la figura del *clerc* al aspirar que las asambleas que se reunían en Buenos Aires recuperaran la tradición de los venerables concilios religiosos y contribuyeran a establecer “la organización de un poder espiritual” (*Idem*, 26), la exposición con que Georges Duhamel iniciaba al día siguiente el tema de discusión propuesto declaraba su directa oposición al abstencionismo que pregonaba esta figura. “El *clerc* que se rehúsa a toda intervención —afirmaba— no parece sublime y libre en su pureza

¹⁵ La admiración de Bianco hacia Benda se extiende al menos hasta finales de la década del cincuenta. En 1947, cuando viaja a Francia, becado por el gobierno francés para realizar estudios literarios, envía al diario *La Prensa*, su crónica “Visita a Julien Benda”, en la que relata con un encanto particular, su primer encuentro con el escritor. Casi diez años más tarde, en 1956, escribe, por un lado, “De nuevo Julien Benda”, en el que insiste en algunas de las cuestiones que habían aparecido en sus dos artículos anteriores, y, por otro, “El escritor y las palabras”, en el que recoge las enseñanzas de Benda sobre el estilo literario. Ambos ensayos integraron probablemente el texto de las conferencias sobre el autor que Bianco dictó ese año y el siguiente en la Sociedad Hebrea y en la Biblioteca as obras. Los dos se incluyeron en tres de las antologías y recopilaciones que se realizaron de su obra. Por último, existe también un largo artículo, escrito probablemente en 1957, que Bianco dejó inédito y que Juan Gustavo Cobo Borda incluyó en el dossier que le dedicó en *Cuadernos Hispanoamericanos* 565-566, en 1997. Este ensayo vuelve una vez más sobre *La traición de los intelectuales* y repite los núcleos principales de su artículo inicial.

sino más bien estéril y esclavo en su origen” (Duhamel 1937, 46). Esta diferencia de posiciones, testimonio de un desacuerdo que trascendía por mucho el ámbito del encuentro y continuaba sin dudas una discusión de la que participaba desde hacía tiempo la mayoría de los intelectuales europeos, se volvió más explícita a partir de que Benjamin Cremieux, otro de los críticos de Benda, a cargo en esta ocasión de organizar una de las jornadas del debate, presentó un cuestionario en el que le pedía a cuatro de los participantes (entre ellos a Jacques Maritain y Eduardo Mallea) que manifestaran su opinión sobre las ideas bendianas. Si bien habría que revisar y analizar en detalle la respuesta que ofreció cada uno de los participantes, un cierto acuerdo parcial pareció establecerse entre ellos a partir de la crítica a lo que Cremieux designó como “la filosofía idealista del aislamiento del espíritu, profesada por Julien Benda.” (1937, 142).

Desde la fuerza afirmativa del título, “Un idealista absoluto”, el ensayo de Bianco, se revelaba como una respuesta polémica a esa conclusión. La nota, que un mes antes de la salida de este ensayo, Cremieux acababa de publicar en *La Nación*, insistiendo en sus razones contra Benda, debió haber actuado como detonante para que el joven colaborador argentino se decidiera a escribir su posición. El desarrollo del artículo, al que el mismo Bianco define como un ensayo de “divulgación bendiana”, no sólo enuncia su simpatía hacia las tesis más difundidas (y discutidas) del filósofo francés sino que también muestra un conocimiento exhaustivo y meditado de sus principales textos críticos –de la *La Trahison des Clercs*, desde luego, pero también de sus dos libros posteriores y menos conocidos, el *Essai d'un Discours Cohérent* y *La Fin de l'Eternel*.¹⁶ Con la destreza de un lector avezado en la materia, Bianco articula una síntesis rigurosa del pensamiento del autor, a partir de una cuidada selección de distintos fragmentos de esos textos. El propósito principal de su presentación es demostrar que el mentado idealismo de Benda, no implica, según le imputan sus críticos, la defensa del cómodo aislamiento y la in-

¹⁶ En una carta posterior a la que le envió apenas publicado “Un idealista absoluto”, Benda destaca que Bianco que haya sabido apreciar la coherencia y unidad que mantienen estos textos. “Nunca le agradeceré bastante –escribe– que haya usted percibido mi trilogía y la unidad que presentan mis tres obras, desde la *Traición* hasta el *Discurso coherente*. El sitio preeminente que le concede a esta última, a la cual asigno una importancia capital en mi testimonio, me causa placer” (citado en “De nuevo Julien Benda”, recogido en Bianco 1988, 224).

diferencia de los intelectuales ante las urgencias del mundo real, sino que compromete una forma de intervención que subordina los intereses de la raza, la clase y la nación a los valores abstractos, universales e intemporales de la verdad y la justicia. Se trata, sin dudas, de la perspectiva a la que adhieren los integrantes de *Sur* en ese momento y cuyas líneas principales quedan sintetizadas en el editorial que encabeza el número 35, pocos meses después de que apareciera este artículo¹⁷. “El escritor –explica Bianco, en anticipada coincidencia con las conclusiones de la “Posición de *Sur*”– no traiciona su cometido al tomar parte en la vida activa de su tiempo y defender una causa pública, ya sea de su nación o de su raza, siempre que la causa de su nación o de su raza coincida con la causa de la justicia abstracta” (1937, 2). De allí que, concluye más adelante, “es injusto, pues, tachar [a Benda] de egoísta, repetir con Cremieux y otros críticos franceses: ‘Monsieur Julien Benda contempla las cosas sentados desde el techo’. Por lo demás, cuando un edificio se derrumba, sentarse en el techo es adoptar la ubicación más peligrosa” (*Idem*).

Aunque se puede reconocer en estos artículos de Bianco la misma voluntad de intervención que alienta en sus colaboraciones de *Nosotros*, es notorio en ellos, como vimos, el marcado cambio de tono y de intereses que señalé más arriba. Compenetrado con los debates culturales del momento, Bianco desplaza sus inquietudes puramente estéticas, su gusto por la literatura ligera y divertida, su festiva frivolidad de la década anterior, hacia las preocupaciones morales e ideológicas que caracterizan el clima intelectual de los años previos y contemporáneos a la Guerra Civil Española y a la Segunda Guerra Mundial. Del crítico irónico y desenfadado que componen sus notas iniciales al “hombre de letras” atento a los problemas de su tiempo¹⁸ que se desprende de sus ensayos de *La Nación*, se delimita *a posteriori* el tránsito, quizás no del todo involuntario, que

¹⁷ Para avanzar sobre las circunstancias puntuales que dieron lugar a que la revista publicara este editorial, King 1989, 78-120 y Pasternac 2002, 111-151.

¹⁸ Pienso aquí en esa figura del “hombre de letras” que el propio Bianco describe a propósito de Voltaire. “Voltaire –afirma– defendió la libertad porque durante toda su vida habría de sentirse escritor, esencialmente escritor. Cuando su padre le propone seguir una carrera, contesta: ‘no quiero más carrera que la de hombre de letras’. Impulsado por la necesidad de pensar y escribir libremente combate las injusticias de su tiempo, y se adelanta a su tiempo al preconizar los ideales de todos los tiempos, esos ideales que todavía ambicionamos en el día de hoy.” (“Voltaire y la libertad del espíritu”, en Bianco 1988, 170)

acerca a Bianco hasta las puertas de *Sur*. De hecho, según el relato que él mismo construye de su ingreso a la revista, es el artículo sobre Leo Ferrero que publica en este diario a fines de 1934 el que atrae la atención de Victoria Ocampo sobre su escritura. Ocampo lee su nota y le pide a Mallea, ya director del suplemento, que lo invite a una de las reuniones habituales de la revista. En esa reunión, que se realiza a fines de abril de 1935, y en la que Bianco también conoce a Borges, Ocampo le propone que colabore en *Sur*. Cuenta Bianco:

“Cuando se cumplió el primer aniversario de la muerte de Leo Ferrero, publiqué en *La Nación* un artículo titulado ‘La libertad en la formación de las minorías’. Este artículo tuvo dos consecuencias: me valió la gratitud de los padres de Leo Ferrero y la amistad de Victoria Ocampo (Leo Ferrero había formado parte del Comité extranjero de la revista). Poco después Victoria me invitaba a una reunión de *Sur*. Fundada en 1931, *Sur* aparecía cuatro veces por año, pero aquel año había dejado de aparecer. En la reunión se encaró la posibilidad de que fuera una revista mensual. Colijo que todo eso debía ocurrir a principios de 1935 porque en el índice de *Sur* [...] veo que mi artículo figura en el número de julio de 1935. Tres años después, en julio de 1938, Victoria me ofrecería el cargo de Secretario de redacción. Es verdad que desde el primer momento simpatizamos mucho.” (en “Victoria”, Bianco 1988, 232)

No resulta difícil conjeturar cuáles deben haber sido las razones que despertaron el interés de Ocampo en el artículo de Bianco. Hijo de Gina Lombroso, primogénita del célebre Cesare Lombroso, y de Guglielmo Ferrero, prestigioso historiador antifascista, Leo Ferrero era amigo personal de Victoria. Se habían conocido durante los primeros meses de 1930 en París, donde su familia había tenido que exiliarse, cuando los primeros triunfos de Mussolini le impidieron a su padre y a él seguir trabajando y publicando en Italia.¹⁹ Ferrero integraba el

¹⁹ Ocampo cuenta cómo lo conoció en su artículo sobre “Espoirs”. “En los primeros meses de 1930 me encontré con Leo Ferrero en París, en casa de madame B. Tenía él entonces no sé qué proyecto de publicación (una serie de ‘plaquettes’ de distintos

Comité Extranjero de *Sur* desde la fundación de la revista y había colaborado en sus páginas desde los números iniciales. En el número 4 (primavera 1931), la publicación de su artículo “El malestar de literatura italiana”, manifiesto de la revista italiana *Solaria* en la que participaba, no sólo difundió, como anota Alejandro Patat (2006), las ideas polémicas que protagonizaron el debate literario italiano de los años treinta, sino que además puso de manifiesto la congruencia que las posiciones defendidas por Ferrero guardaban con el proyecto cultural de *Sur*. La “necesidad de una élite intelectual contraria al irracionalismo y al experimentalismo de las vanguardias, el europeísmo contra toda forma de nacionalismo, la busca de la desprovincialización de la propia cultura” (*Idem*), eran algunas de las ideas subyacentes, directrices de ese artículo, que testimoniaban el fuerte entendimiento entre su autor y los miembros de *Sur*. Sobre el final de ese ensayo, Ferrero lamentaba la desorientación que padecían las minorías intelectuales de su país en ese momento

“El malestar de los intelectuales italianos –concluía– es, pues, fruto de esa hostilidad de todos contra todos. Vivir en lucha con el propio ambiente no es fácil ni humano, y nuestras *élites* están naufragando en su soledad moral. Per-

autores) y esperaba al respecto la contestación de Ortega, a quien había pedido colaboración. Leo no conocía personalmente a Ortega, y un amigo común le había hablado de mi larga amistad con él. Me pidió que interviniese. Anoté su dirección en mi agenda y él anotó la mía. Vivíamos en barrios muy alejados. El en la rue Lhomond, en pleno Quartier Latin; yo en el Boulevard Flandrin. Pocos días después vino a verme. Llevaba un grueso sobretodo de piel rubia con que después lo vi a menudo. Este abrigo lo había visto yo colgado o acostado encima de otros en casa de Madame B. y me había preguntado a quién podría pertenecer. La visita de Leo me trajo la respuesta: la “peau de bique” era suya. Cuando no la llevaba puesta, yo le decía –después que nuestra amistad nos permitió las bromas– que me costaba imaginármelo sin la piel y que sólo al verla colgada en la antesala estaba segura de la presencia de Leo en la casa. Nos reíamos de esto... y cuando me enteré del horrible accidente que me privaba de una amistad preciosa e inolvidable, lo primero que vi fue, quién sabe por qué, esa pobre “peau de bique” abandonada. [...] Cuando lo vi a Leo por primera vez estaba lleno de optimismo, encantado de la acogida que París le daba. El lado doloroso de su vida tocaba a Italia.” (*Sur*10, julio 1935).

didos en el océano desierto de nuestro mundo literario, carecemos de apoyo de límites. Culpables y víctimas a la vez confesemos la culpa de nuestro orgullo y procuremos ser más humanos, pues de lo contrario el lema, a un tiempo heroico e insensato que hemos escogido para vivir: ‘cada uno en lucha contra todos’, acabará por ser nuestro epitafio.” (*Sur* 4, primavera 1931, 124)

La responsabilidad moral de las *élites*, su desconcierto y su falta influencia sobre el resto de la sociedad, eran, como lo muestra también su siguiente colaboración en *Sur*, preocupaciones centrales al pensamiento de Ferrero. “Carta de Norteamérica. Crisis de élites”, aparecida en el número 8 (septiembre 1933), a casi un mes de su muerte inesperada²⁰, constituye, como advirtió Gramuglio (1999, 73), la primera tematización explícita del problema en la revista.

Aunque Bianco no menciona estos ensayos de *Sur*, que sin dudas conocía y debía haber leído, la presentación de la obra de Ferrero que brinda su artículo privilegia el comentario de aquellos textos dramáticos del escritor en los que el problema del rol de las élites intelectuales es uno de los temas principales. Como se trata de un texto escrito con el propósito de conmemorar el primer aniversario del fallecimiento de Ferrero, Bianco presenta su exposición con un sentido y amanerado comentario general sobre la muerte y el dolor humanos. Luego de esta digresión y de una elogiosa caracterización del estilo del autor, describe, de un modo suscito, el destacado estudio sobre Leonardo da Vinci, *Leonardo o dell’Arte*, que Ferrero había reescrito y publicado en francés, con un elocuente prólogo de Paul Valéry²¹, en 1929. A pesar de la importancia que este estudio había tenido en la carrera

²⁰ El artículo se publicó precedido por una afligida nota Victoria Ocampo en la que informaba a los lectores de *Sur* el fallecimiento del escritor. “Me llega hoy, 18 de septiembre, —decía Ocampo— la noticia de que Leo Ferrero ha muerto en un accidente de automóvil en Santa Fé, Nueva México. El accidente tuvo lugar el 26 de agosto. Leo Ferrero tenía apenas treinta años. Desde algunos meses atrás viaja por la América del Norte, en virtud de haber recibido una beca de la fundación Rockefeller. Colaborador y miembro de la redacción de “SUR”, nuestra revista pierde con él a uno de sus más seguros amigos.” (*Sur* 8, septiembre 1933, 155)

²¹ “Leonardo y los filósofos, 1929. Carta a Leo Ferrero”, recogido en *Escritos sobre Leonardo da Vinci*, Editorial Visor, Madrid, 1997, 104-141.

del escritor –según Victoria Ocampo, era el libro con el que se había hecho conocido–, la lectura de Bianco no se detiene demasiado en él ni le dedica una atención especial. Los párrafos centrales de su ensayo son los dos últimos: “Gobineau. La misión de las *élites*” y “París Dernier Modele de l’Occident– Angelica”, en los que Bianco se aboca finalmente a la cuestión anunciada en el título principal.²² Mientras el primero apela al comentario de una cita de *Les Pleiades*, de Gobineau, para plantear la importancia que reviste para el porvenir de las élites intelectuales, la defensa de la democracia, de “la independencia de espíritu” y de “la absoluta libertad de opiniones” que este régimen garantiza, el segundo se ocupa de sintetizar los argumentos de las dos obras de Ferrero referidos al tema. En “París Dernier Modele de l’Occident”, que es la obra que concentra sus principales motivos ideológicos, el escritor presenta, según Bianco lo puntualiza, un panorama de la historia europea que opone a las sucesivas crisis morales y políticas de Italia e Inglaterra, la alternativa de estabilidad ofrecida por Francia. “Existe en Europa –afirma Bianco, parafraseando a Ferrero– una nación que ha salido invicta de todos los cambios de fortuna, que ninguna catástrofe consiguió abatir, [...] porque en ella ‘el orden es bastante estable para que los individuos puedan ser emprendedores y el desorden bastante grande para que puedan reflexionar’. Esa es Francia, y su resumen, París [...]” (1934a, 3). La clave del equilibrio francés, “último modelo de occidente”, para Ferrero, reside en la marcada influencia que la *élite* ejerce sobre los ciudadanos.

“El pueblo de París –sostiene Bianco (*Idem*)– admira apasionadamente a los hombres que lo guían, y su admiración produce esa temperatura vital que comunica a la *élite* una especie de euforia y mantiene en tensión las facultades intelectuales. [...] La influencia recíproca de la multitud y de las élites se ha hecho posible en Francia gracias a la libertad intelectual y al espíritu de grupo. Sólo en la atmósfera de París –agrega más adelante, ratificando su simpatía hacia Romains– ha podido surgir el Unanimismo, doctrina que

²² Ambos párrafos fueron recogidos, sin sus nombres originales, bajo el título general de “Leo Ferrero”, en el segundo Dossier sobre Bianco, publicado por Juan Gustavo Cobo Borda, *Cuadernos Hispanoamericanos*. (1997, 33-40)

exterioriza la necesidad imperiosa que sienten los individuos de comunicarse, de apoyarse mutuamente.”

Además de exponer con entusiasmo la concepción que las obras de Ferrero presentan sobre el problema de la influencia y la responsabilidad de las élites, una visión que, como vimos, cuenta con la adhesión previa de Victoria Ocampo y de los miembros más conspicuos de *Sur*, el ensayo de Bianco manifiesta también otro elocuente punto de encuentro entre el escritor italiano y los integrantes de la revista. Me refiero precisamente al valor paradigmático que muchos de ellos le atribuyen a la cultura francesa. Basta recordar la cantidad de testimonios en los que Ocampo reconoce su deuda espiritual con esta nación—desde “Palabras francesas”, aparecido en *Sur* 2 (invierno, 1931) hasta la “Carta a Francia”, escrita en el momento en que se inicia la ocupación alemana en París y publicada en *Sur* 69 (junio 1940)—, para comprender la inmedita afinidad que ella debe haber experimentado hacia el fervorosa admiración con que Bianco reseña las tesis centrales de las obras de Ferrero. Esta afinidad fue sin dudas la que motivó que, a poco de haberlo conocido, Ocampo lo invitara a colaborar en la revista con una nota sobre *Espoirs*. A los pocos meses, la nota se publicaba en las páginas centrales de *Sur*, precedida por un ensayo de su directora, e integrando lo que la revista anunciaba en letras mayúscula como un “Homenaje a Leo Ferrero”. Un espacio de notable visibilidad para quien acababa de debutar como colaborador y no acreditaba aún una extensa carrera en el campo literario nacional. Un espacio que prefiguraba en cierta forma el lugar que poco tiempo después Bianco ocuparía en la revista por casi medio siglo.

Fuentes bibliográficas

BIANCO JOSE (1934): "El novelista y la ciudad. Jules Romains". *La Nación*, Suplemento literario, 27 de mayo, 2. (1934): "Raymond Roussel". *La Nación*, Suplemento literario, 18 de marzo. (1934a): "La libertad en la formación de las minorías: Leo Ferrero".

La Nación, 9 de diciembre, Suplemento literario, 2-3. Recogido parcialmente en *Cuadernos Hispanoamericanos* 565-566, 33-40. (1937): "Un idealista absoluto". *La Nación*, Suplemento literario, 14 de marzo, 1-2.

(1997): "Un veneciano en Inglaterra". Recogido en *Cuadernos Hispanoamericanos* 565-566, 18-22. Publicado originalmente en *La Nación*, Suplemento literario, 16 de noviembre de 1930.

(1997a): "Stendhal y Proust". Recogido en *Cuadernos Hispanoamericanos* 565-566, pp. 22-28. Publicado originalmente en *La Nación*, Suplemento literario, 9 de abril, 1933.

(1997b): "Anna de Noailles". Recogido en *Cuadernos Hispanoamericanos* 565-566, pp. 28-33. Publicado originalmente en *La Nación*, Suplemento literario, 27 de mayo de 1933.

(1997c): "Un saludo de Jules Romains". Recogido en *Cuadernos Hispanoamericanos* 565-566, pp. 40-45. Publicado originalmente en *La Nación*, Suplemento literario, 13 de septiembre de 1936.

CREMIEUX, Benjamin (1937): "Síntesis y cierre de la sesión del 10 de septiembre (tarde)", *XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs*, Buenos Aires, 142-143.

DUHAMEL, Georges (1937): "La función social del escritor", *XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs*, Buenos Aires, 43-48

FERRERO, Leo (1931): "El malestar de la literatura italiana", *Sur* 4, primavera 1931, 118-124.

ROMAINS, JULES (1937): "Discurso del señor Jules Romains en nombre de las delegaciones extranjeras". *XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs*, Buenos Aires, 25-32

Referencias bibliográficas

BIANCO, José (1988): *Ficción y reflexión*, México, Fondo de Cultura Económica,

GIORDANO, Alberto (2005): “Imágenes de José Bianco ensayista”, *Modos del ensayo. De Borges a Piglia*, Rosario, Beatriz Viterbo editora, 103-130.

GRAMUGLIO, María Teresa (1999): “Las minorías y la defensa de la cultura. Proyecciones de un tópico de la crítica literaria inglesa en *Sur*”. *Boletín/7* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Facultad de Humanidades y Artes (Universidad Nacional de Rosario), pp. 71-77. . (2001): “Una década dinámica. Transformaciones, posiciones y debates en la literatura argentina en los años treinta”. *Nueva Historia argentina*, tomo 7. Director de Tomo: Alejandro Cattaruzza. Buenos Aires, Sudamericana, pp. 333-380.

MANZONI, Celina (2007): “Liberalismo, Izquierda y Nacionalismo en los debates de 1936 en Buenos Aires”, *Telar 5*, Universidad nacional de Tucumán, 161-171.

PASTERMAC, Nora (2002): *Sur, una revista en la tormenta. Los años de formación 1931-1944*, Buenos Aires, Paradiso Ediciones.

PATAT, Alejandro (2006): “La literatura italiana en la Argentina”, Suplemento Cultura, *La Nación*, 12 de febrero. Publicado en <http://www.lanacion.com.ar/edicionimpresa/suplementos/cultura/nota.asp> .

KING, John (1989): *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931-1970*. México, Fondo de Cultura Económica.

TORRES FIERRO, Danubio (1988): “Conversación con José Bianco”. Incluida en *Ficción y reflexión*, pp.399-407. Publicado originalmente en *Plural 52*, enero de 1976.